

Había una vez unos niños y niñas multicolores



Bogotá
Plural



SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN





Había una vez unos niños y niñas multicolores



Mena García, María Isabel

Había una vez unos niños y niñas multicolores / María Isabel Mena ;
ilustrador Julián Ariza. -- Bogotá : CERLALC ; Secretaría de Educación
del Distrito, 2022.

56 páginas : ilustraciones a color ; 22 x 22 cm.

ISBN 978-958-671-259-0

1. Afrodescendientes - Aspectos sociales - Colombia 2. Conflicto social
3. Víctimas del conflicto armado 4. Desplazamiento forzado I. Ariza,
Julián, ilustrador II. Tit.
305.8 M35h cd 21ed.

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Claudia López Hernández

Alcaldesa Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN DEL DISTRITO

Edna Cristina Bonilla Sebá

Secretaria de Educación del Distrito

Andrés Mauricio Castillo Varela

Subsecretario de Calidad y Pertinencia

Ulía Yemail Cortés

Directora de Ciencias, Tecnologías y Medios Educativos

Maritza Mosquera Escudero

Enlace Lectura, Escritura y Bibliotecas Escolares

Virginia Montoya

Directora de Inclusión e Integración de Poblaciones

Northy Cuesta

Referente étnica

CENTRO REGIONAL PARA EL FOMENTO DEL LIBRO EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (CERLALC)

Julieta Brodsky

Ministra de Cultura, las Artes y el Patrimonio de Chile

Presidenta del Consejo

Carlo Brito

Ministro de Turismo de Brasil

Presidente del Comité Ejecutivo

Andrés Ossa

Director

Francisco Thaine

Gerente Estratégico

Lina Trujillo

Coordinadora General Convenio SED

Diana López de Mesa O.

*Coordinadora del Proyecto de Desarrollo de Colecciones
con Enfoque Étnico*

COMITÉ EDITORIAL - VÍCTIMAS AFROCOLOMBIANAS

Elisabeth Andrades Córdoba, Luz Amelia Arboleda Murillo,
Ermina Hinestroza Alegría, María Rosa Murillo Mosquera
y Rosa Quiñones Angulo

Primera edición, Bogotá, diciembre de 2022

© Mesa Autónoma Distrital de Víctimas Afrocolombianas, 2022

© María Isabel Mena García, por los textos, 2022

© Julián Ariza, por las ilustraciones, 2022

ISBN (Impreso): 978-958-671-259-0

ISBN (Digital): 978-958-671-260-6

Alejandro Villate Uribe

Corrector de estilo

Martha Cadena

Diagramación y diseño de carátula

IMPRESIÓN

Coedigraf SAS

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Diciembre de 2022





Contenido

Una biblioteca de todos y para todos	4
Un relato sobre nuestra realidad	5
Había una vez unos niños y niñas multicolores	7
Una salida inesperada	28
Un colegio para conocer	40
Glosario	54



Una biblioteca de todos y para todos

Para la Secretaría de Educación del Distrito ha sido gratificante trabajar con representantes de los pueblos Afrocolombiano, Palenque, Raizal, Rrom y con Víctimas Afrocolombianas, en busca de estrategias para reconocer sus saberes, compartir su riqueza cultural y poder brindarles a los niños y niñas de las instituciones educativas del Distrito una educación de calidad, en la que entablemos diálogos para seguir avanzando en el camino hacia la Bogotá diversa e incluyente con la que soñamos, una Bogotá que se nutre con la historia, la tradición y los grandes valores de los diversos pueblos que la habitan y la construyen a diario.

Este diálogo con las comunidades también forma parte de los procesos de transformación pedagógica e innovación educativa, y, especialmente, han enriquecido el trabajo, liderado desde la Dirección de Ciencias, Tecnologías y Medios Educativos de la Secretaría, para la dotación de bibliotecas y la producción de textos que les den voz a los diversos grupos étnicos de nuestra ciudad.

Los frutos de esta labor, que ha adelantado la Secretaría de Educación del Distrito en convenio con el Centro Regional para el Fomento del Libro

en América Latina y el Caribe (CERLALC), son los libros que presentamos y que han sido desarrollados y seleccionados, en conjunto con delegados de las mesas de trabajo de los pueblos Afrocolombiano, Palenque, Raizal, Rrom y Víctimas Afrocolombianas. Hoy forman parte de nuestras bibliotecas escolares y son en sí una gran fuente de información de todos y para todos, con la que buscamos edificar nuestra identidad a partir del fortalecimiento de la diversidad y el acervo cultural.

Esperamos que con esta serie de libros los niños y las niñas, los docentes de las instituciones educativas del Distrito, y la comunidad educativa en general, puedan conocer y reconocer la voz de nuestros diversos pueblos —que es también la voz de todos los bogotanos—, así como generar lazos de unión, desde el respeto y la solidaridad, y así hacer realidad la Bogotá que soñamos.

Edna Cristina Bonilla Sebá

SECRETARIA DE EDUCACIÓN DEL DISTRITO

Un relato sobre nuestra realidad

El proyecto de Desarrollo de Colecciones con Enfoque Étnico forma parte del Plan de Fortalecimiento de Bibliotecas Escolares y se ha venido implementando junto con las comunidades étnicas de Bogotá; en este caso, con la Mesa Autónoma Distrital de Víctimas Afrocolombianas.

Durante el año 2022, el proyecto se enfocó en el desarrollo y publicación del presente libro, y recoge la labor de años anteriores realizada con los líderes de la comunidad que participaron en las mesas de trabajo.

El proceso de creación del libro estuvo en cabeza de Elisabeth Andrades Córdoba, Luz Arboleda Murillo, Erminda Hinestroza Alegría, María Rosa Murillo Mosquera y Rosa Quiñones Angulo, lideresas de la comunidad de víctimas afrocolombianas en Bogotá, que conformaron un comité editorial y contaron con el acompañamiento permanente de la Secretaría de Educación del Distrito y del equipo del CERLALC.

Después de revisar libros y materiales disponibles en el mercado, las representantes de la comunidad llegaron a la conclusión de que querían desarrollar un proyecto editorial. Así nació esta obra, que poco a poco fue tomando forma con las ideas del comité

editorial: un cuento ilustrado, inspirado en los testimonios de personas de distintas edades de algunas de las comunidades afrocolombianas desplazadas y que viven en Bogotá; un libro cuyo fin es que los niños y niñas conozcan un poco de la historia de nuestro país, las luchas de nuestros pueblos afrocolombianos que han sido víctimas del desplazamiento forzado, debido al conflicto armado y que, gracias a su fortaleza, resiliencia y creatividad, han podido salir adelante.

La escritura del texto estuvo a cargo de María Isabel Mena García, escritora afrocolombiana, experta en educación, quien ha participado en múltiples proyectos etnoeducativos. El comité editorial decidió encargarle las ilustraciones a Julián Ariza, quien las creó con su acompañamiento; además, el comité dirigió el diseño y todos los procesos que hoy nos permiten presentar esta obra.

Agradecemos a los integrantes de la comunidad de víctimas afrocolombianas que han participado en el desarrollo de las acciones afirmativas y en especial al comité editorial y las personas que nos compartieron sus historias para nutrir este relato.



Había una vez unos niños y niñas multicolores



Había una vez una niña llamada África,
era afrocolombiana, como los árboles de ébano
que crecen grandes y gordotos. Tenía el pelo
muy crespo, como las madejas de hilos con las
que las abuelas tejen los sacos para abrigar a los
bebés recién nacidos. Su abuela le hacía unas
trenzas muy bellas, llenas de colores, para que
su nieta se viera muy bonita con su uniforme azul
y sus **tropas** con chaquiras del mismo color.



Otras niñas llevaban el pelo sin trenzar, porque les gustaba verse al espejo y sentirse como unas reinas muy bellas. En los baños del colegio competían por verse muy *melas* con su cabello al natural.



Los estudiantes, incluida África, llevaban útiles para sus clases, mochilas, maletines, morrales y algunas chuspas plásticas con sus botas u otros zapatos por si llovía, porque en el Pacífico llueve a cántaros.

Había tardes enteras en las que caía agua sin descanso y los niños y niñas aprovechaban para bañarse en el chorro que refresca el calor del cuerpo. Por eso había que llevar zapatos, por si aparecía el señor aguacero, y tampoco faltaba una sombrilla para abrigarse tanto del sol como de la lluvia.

Cuando caía mucha lluvia, las personas recogían el agua para luego usarla en los oficios de la casa. Por eso decir que los pacíficos son gente de agua no es exagerado. En los momentos de lluvia también se aprovechaba para contar cuentos, mientras salpicaba el agua. Ese líquido siempre generaba alegría y África así lo sentía.





Al poner su cabeza entre las piernas de su abuela se sentía protegida, porque de manera mágica, ella le tomaba el cuello y lo enredaba entre las rodillas, y así pasaban largas horas conversando y conversando sobre las historias de las personas importantes de su vida. África era preguntona y muy curiosa.

A África le encantaba que su abuela la peinara, porque eran peinados únicos que la hacían sentir la niña más bonita del colegio. Sus profesoras y compañeras siempre le preguntaban quién la peinaba, y ella con orgullo decía que su abuelita. Las peinadas eran su parte favorita del compartir con su abuela, porque ella la recompensaba dándole de comer queso con plátano y jugo de borojó, que era su favorito. Si el peinado era muy apretado le daba leche de **milpeso** o, como decía su papá, chapil. Ella se la tomaba con gusto porque esa era la bebida que hacía crecer a los niños y niñas grandes y muy fuertes.



En la casa de la familia de África había muchas huertas, con árboles frutales de borjón, limón, naranja y mango, y siempre que salía de la escuela saludaba a algún familiar para que la dejaran coger alguna fruta o le dieran jugo. A veces llevaba a sus amigos y juntos tumbaban guayabas o mangos, en ocasiones se los comían el mismo día, otras veces los llevaban al colegio y los compartían con los demás niños.

Uno de esos días en los que ella salía de la escuela arrimó donde su abuela y se le ocurrió preguntarle por qué le habían puesto ese nombre tan raro, pues sus compañeros solían preguntarle y ella no sabía qué decir. Al ver el interés de su nieta, la abuela le contó que se llamaba África, porque sus padres querían rendirles homenaje a unos parientes que vivían muy lejos, en un continente de ese mismo nombre, de donde habían venido los tambores y los instrumentos musicales que las personas tocan en los territorios como los del Pacífico. «Los africanos y los pacíficos se parecen mucho», eso decía la mayora.

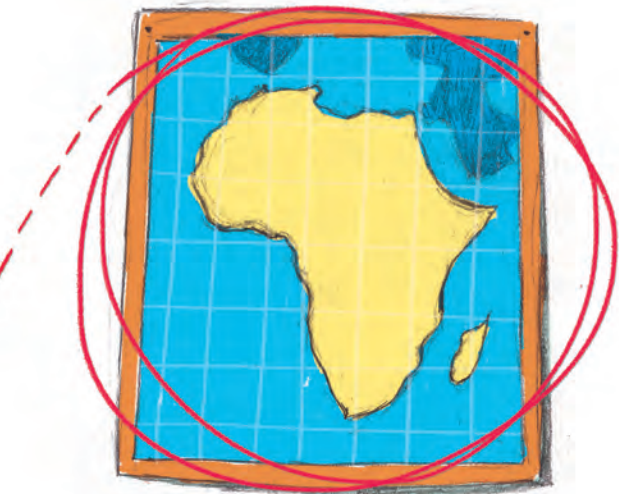


Esa respuesta no solo le encantó a África, sino que la motivó a seguir investigando.

—¿O sea que los familiares de apellido Balanta o los Murillo vienen de África? —le preguntó a su abuela.



La abuela, al comprender por dónde iba el agua al molino, contestó con un «Ujumm...», moviendo la cabeza, y para que África dejara de preguntarle tantas cosas, le sirvió chontaduros con miel, pues comiendo era la única forma en que su nieta dejaba de lado sus curiosidades.



Para sorpresa de la abuela, África terminó de comer y continuó con el interrogatorio; entonces, con mucho cariño y paciencia, la abuela le contó las historias de su comunidad, de los héroes que construyeron sus casas, de la partera que la trajo al mundo —a ella y a su mamá—, de cómo su papá se había convertido en un gran carpintero, ya que con mucho esfuerzo había hecho una casa hermosa donde ella podía dormir sin preocuparse por la lluvia o por mucho sol, y cómo era reconocido y respetado por la comunidad por esta gran labor.

También le contó de las heroínas que cuidan a los niños y niñas. De las vecinas que hacen unas comidas riquísimas para que los niños se críen saludables, de los vecinos que aran la tierra para sembrar los alimentos y que no falte comida en los hogares. De las paisanas que ahorran muchos pesitos para cuando los hijos se van a estudiar a la capital. Esas eran las mujeres poderosas que vivían en el pueblo o caserío. Le contó de las sabias que conocen las mejores técnicas para cuando el bebé sale de la barriga de su madre y hay que protegerlo en su bienvenida al mundo.



—¿Cómo se llaman esas científicas?... —la abuela espera la respuesta de su nieta y continúa—. Las parteras, es correcto.

África conoció a una partera que era la madrina de todos los niños del pueblo, y luego, cuando pusieron el centro de salud, ella y el médico les ayudaban a las mamás en el oficio del nacimiento, por eso la llamaban *mamá de ombligo* o *de crianza*. Todos los niños querían mucho a la mamá de ombligo, porque gracias a esa sabia los niños venían sanos y salvos a este mundo.



La abuela siguió contando que las mujeres se ayudaban en todo sentido. Cuando alguna salía a rebuscarse el sustento realizando algunos oficios, como lavar la ropa —¿recuerdas la espuma que bota el jabón cuando se lava la ropa con el rayo o en la piedra?— o dejar las casas limpias, otras mujeres amamantaban a los niños de pecho para que estos no lloraran. Por eso los llaman *hermanos de leche*, porque todos comparten el líquido que toman los bebecitos de la misma pucheca.

En medio de los relatos de la abuela, África se dio cuenta de que este asunto de nacer lo toman muy serio en las comunidades y se alegran mucho, mucho, cuando el niño o la niña viene al mundo. Toda la gente se pone muy contenta con la llegada del renaciente. África recordó cómo, cuando nació su prima, la visitaban mucho. Las personas del pueblo iban para darle la bienvenida, le hablaban al oído, le decían que la amaban y le agradecían al cuerpecito por elegir nacer en ese territorio.



La abuela le siguió contando que, al nacer, la placenta se entierra y a los pocos días, cuando se le cae el ombligo al bebé, se le pone en la barriga, en algunos casos, una piedrita de oro para que el recién nacido tenga superpoderes, belleza, inteligencia, astucia y otras habilidades; a eso se le llama la *ombligada*. Al escuchar estas historias, África se imaginó que así debió pasarle a ella cuando nació.

Entre las historias que la abuela le narraba a África, los animales siempre formaban parte de la familia, les llamaban Tío Conejo, **Tío Tigre**, Hermano León, Tío Guatín. ¿Por qué? Porque todos pertenecen a la comunidad y por ello hay que respetar al perro, al gato y a todos los animales que nos acompañan. Escuchando muy concentrada, África preguntó:



—¿Y si el conejo y el guatín forman parte de la comunidad, por qué nos los comemos? —Y agregó—: Me gusta mucho comer conejo, no quiero que forme parte de la comunidad, porque uno debe cuidar de los seres vivos del pueblo.

La abuela quedó impresionada con las ocurrencias de África, se sintió muy orgullosa de la astucia de la niña y decidió seguir contándole de la vida en comunidad. Le mencionó que hay unas mujeres que trabajan con hierbas y maticas para sanar las enfermedades y tranquilizar a los niños cuando están nerviosos. Saben

que la selva es un inmenso laboratorio y que los niños deben aprender cómo esa **botica** les ayuda a conservar la salud. Por ejemplo, cuando un niño tiene dolor de panza, la abuela le prepara una aromática de limoncillo y así evita que le den cólicos, o cuando le duele la cabeza, masajea el cuello con matarratón para que se le pase.



Estas mayores llevan a los niños a las huertas o azoteas para que aprendan esos saberes, y cuando los necesiten sepan cuál planta pueden usar para cocinar los alimentos, como el cilantro, o cuál sirve para aliviar algún malestar, como la manzanilla. La abuela le contó a África que para saber si un niño o una niña tenía aptitudes para esas labores, le hacían una prueba para identificar si tenía mano para las matas. El niño debía sembrar una mata y cuidarla

con mucho cariño, si no se moría y crecía muy fuerte, el niño tenía el don para cuidar las plantas. La abuela le prometió a África que, cuando estuviera un poco más grande, ella personalmente le haría la prueba.

Para no angustiar a su nieta con la idea de la prueba, cambió de tema y le contó que una de las vecinas arregla costuras, les hace vestidos a las pequeñitas y siempre está muy ocupada con la máquina de coser que heredó de su mamá. Esa máquina es viejita, como la abuela de África, y cuando no quiere arrancar todo el pueblo



se preocupa. «Y ahora, ¿quién podrá cosernos la ropa?». «¡Yo!», contesta entonces la máquina, que vuelve a renacer y sigue cosiendo la ropa de la comunidad.

A la niña le encantó conocer esta historia porque cree que sus vestidos son muy hermosos y la hacen sentir muy feliz los domingos, que es cuando los usa, por eso ese es su día favorito de la semana.

Una vez, unas niñas le pidieron a la costurera que les hiciera muñecas negras, y como esta no sabía hacerlas, le pidió ayuda a la señora Mary. La costurera es una mujer de caderas grandes y tiene brazos fuertes para abrazar a los niños y arreglar la cosedora cuando se daña. Ella cree que las mujeres pueden lograr todo lo que se proponen si se esfuerzan, por eso ella misma arregla su máquina cuando se daña.



Mary le enseñó a la costurera a hacer la cabeza, el tronco y las extremidades. Empezaron con dos muñecas, a las que vistieron con faldas y blusas coloridas. Y cuando las primeras muñecas de trapo estuvieron listas, las niñas las recibieron muy alegres y jugaron con ellas al terminar sus tareas escolares. Luego, las mismas niñas aprendieron a hacer sus juguetes, porque cuando se proponen hacer algo lo sacan adelante, como las valientes mujeres del Pacífico.

Un día, sucedió que alguien del pueblo murió de manera extraña. Cuando las niñas andaban tristes y con miedo porque no entendían pa donde iban las personas al morir, se preguntaron quién cuidaría de los niños pequeños del difunto. Mary entonces las distrajo enseñándoles a hacer muñecas mientras les contaba que las personas cuando mueren se convierten en ángeles guardianes de los niños y niñas. Por ello debían ser obedientes, para que sus ángeles no se enojaran.





Además, les dijo que para asegurarse de que las personas se vuelvan ángeles, realizan los velorios, y durante la última de varias noches, cuando toda la gente se reúne, se visten con sus mejores ropas y se quedan a dormir en la casa del difunto. En ese instante África pensó que no quería que las personas de la comunidad se convirtieran en ángeles tan seguido, porque ya había varias que habían muerto en esos días.



Volviendo a la historia de las trenzas, cuando la abuela peinaba a África y le contaba los capítulos de la historia familiar, la niña se dormía queriendo ver a sus ancestros, quienes habían fundado el pueblo donde vivían en ese momento. Primero llegó una familia de más arriba del río, que construyó su casa, luego otra llegó para quedarse, y así sucesivamente hasta que el pueblo se volvió grande. Igual, todos los vecinos se ayudaban y se apoyaban.



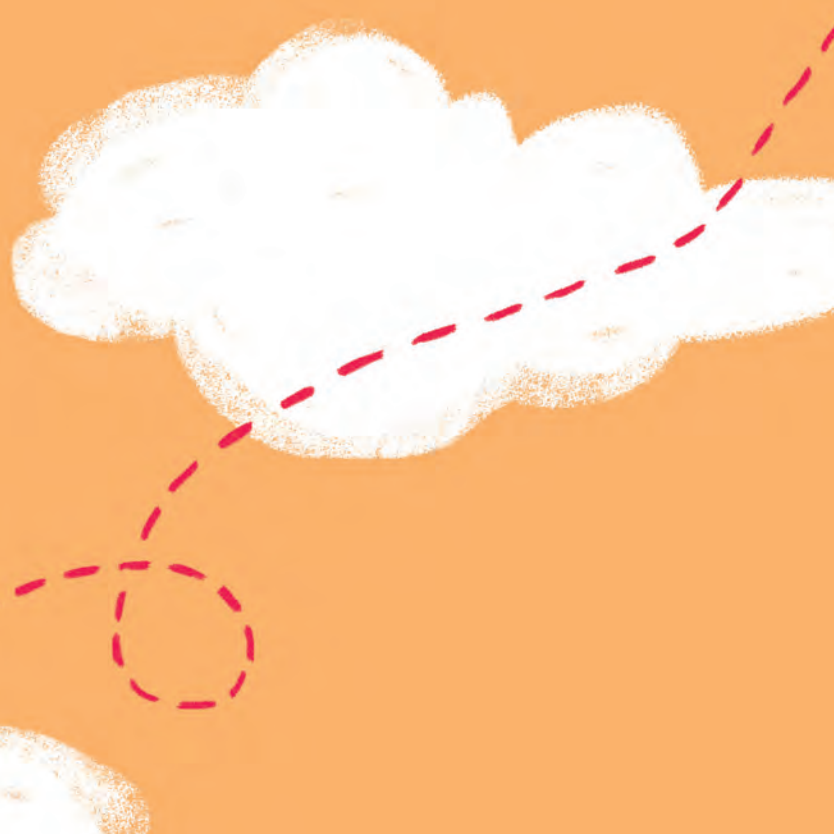
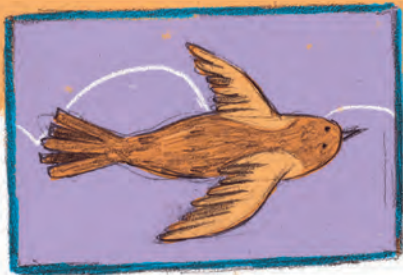


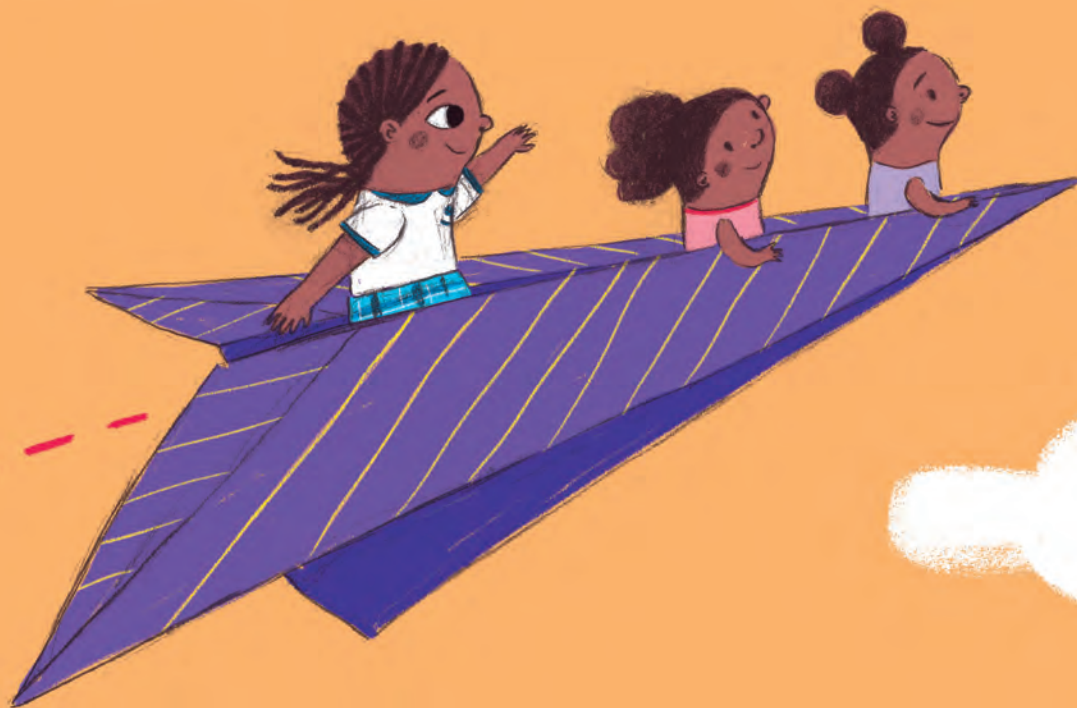
Y así soñaba África hasta que ¡zas!, un tironcito de las manos de la mayora la devolvía a la realidad. Recordaba que le empapaba la cabeza con un aceite con olor a coco, le separaba las carreras en la cabeza y la peinaba con todo el amor que requiere el pelo ensortijado. A su vez, África ayudaba a desenredar el pelo de sus dos hermanitas para que a su abuela le quedara más fácil trenzarlas. Hacían una cadena donde todos se nutrían de las historias familiares mientras dedicaban horas y horas a peinarse. Esas jornadas de peinado colectivo eran muy chéveres, porque su mamá les preparaba **birindí** o mazamorra, entonces ninguna se quejaba de lo apretados que a veces eran los peinados.

La abuela también les hablaba a ella y a sus hermanas sobre la importancia de amar su cabello, porque ahí empieza el amor propio. «Quien se ama a sí misma, ama su pelo, ama a su comunidad», les decía. Según le habían contado los abuelos de su abuela hace algún tiempo, las ancestas de los pacíficos estaban encadenadas y, para escaparse de hombres muy malos, las astutas mujeres dibujaban mapas con sus trenzas.

A África le impresionó que las ancestras metieran pepitas de oro en el cabello para ahorrar y comprar su libertad. La abuela les preguntó a las niñas si sabían qué era un banco. Y ellas le respondieron que sí, que era un sitio donde las personas guardan plata, como una alcancía. La abuela, entonces, les contestó que exactamente esa labor la cumplía el cabello ensortijado de las mujeres de esa época antigua. A las niñas les pareció muy gracioso que sus ancestras convirtieran su cabello en una alcancía y le pidieron a su abuela que les hiciera peinados donde pudieran guardar dulces p'al colegio.

Las hermanitas de África eran muy juguetonas y le alegraban la vida. Les gustaba mucho hacer aviones de papel, porque soñaban con ir de vacaciones a esos sitios que aparecían en televisión, con playas, sol muy caliente y personas felices. A veces, una hacía el papel de azafata y ayudaba a las personas en el vuelo imaginario, y la otra pequeñita decía que cuando grande iba a ser la piloto del avión. Según ese juego, toda la familia viviría en las nubes.





También jugaban **quemao**, **pachacajón** o **avioncito**, y cuando llovía jugaban a las escondidas con sus padres, pero definitivamente lo que más les gustaba era ir por agua a la quebrada y bañarse allí. Es que la relación con el agua es un tema muy importante para todos los habitantes del Pacífico.

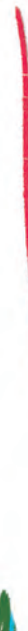
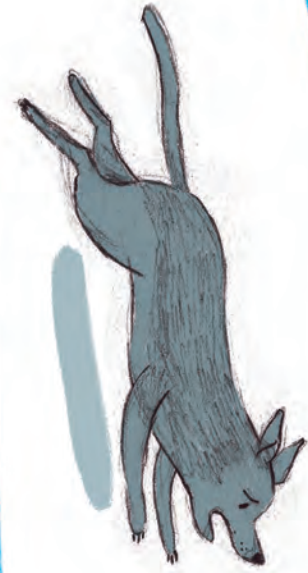
Como África era la hija mayor no siempre podía jugar con sus hermanas y amigos, ya que junto con su madre tenía que ayudar a poner orden en la familia. Ella solía decirle que los hijos mayores son la autoridad en la casa y África se esforzaba mucho por dar un buen ejemplo a sus hermanas.

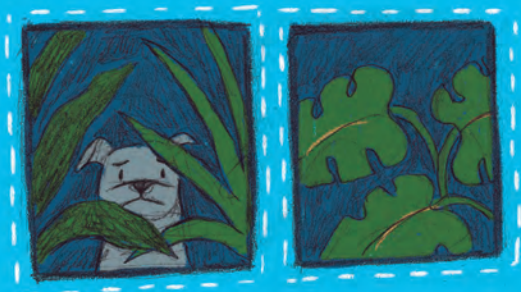
Una salida inesperada

Un día que los niños jugaban con otros paisanos de su vereda, los padres llegaron preocupados porque tenían que viajar muy rápido a otro lugar. África entendió que tenía que ayudarles a empacar a los otros peques, pues no tenían tiempo. Solo alcanzaron a tomar sus peluches, algo de ropa y algunos zapatos que habían estrenado en Navidad.

No entendieron por qué no podían llevarse al gato y a la perrita que tanto querían. Los padres les explicaron que esta separación era por un corto tiempo y que luego se reencontrarían con los animalitos y la comunidad.

Una vez subieron al bus, África sintió sueño y un profundo cansancio. Soñó que llegaban a un lugar lleno de sol, con personas de muchos colores y un olor a comida que le recordó los fritos que hacía su tía Rosa y las comidas de su abuela, el olor a chontaduro con miel la hizo sentir que estaba en el paraíso, y así durmió durante un largo rato.





La Tita Rosa, como le decían los otros niños, era una esbelta afrocolombiana que usaba unos **turbantes** muy lindos, y todo el mundo siempre quería tomarse una foto con ella, porque esa corona sobre la cabeza la hacía ver como una reina. Tita era la *youtuber* del pueblo, andaba con su celular sacando fotografías de las personas.



Después de largas horas de disfrutar de ese sueño tan sabroso, ¡zas!, sus padres la despertaron porque se habían detenido para comer algunos alimentos antes de seguir viajando. Aprovecharon para estirar las piernas, el cuello, los brazos y todo el cuerpo. La madre les masajeó el cuerpo para que sus miembros no se les durmieran.



Luego de ello continuaron el viaje y, a medida que avanzaban por la carretera, los niños empezaron a sentir que el clima cambiaba... hacía un poquito de frío. Al ver que los pequeños estaban preocupados, los padres les explicaron que existen muchos climas en Colombia y que algunos son calientes, otros más templados y otros muy fríos. Aprovecharon para conversar sobre la ropa que usa la gente que vive en esos lugares: los de clima frío usan chaquetas, botas o ruanas; los de clima templadito usan camisas, camisetas, pantalones suaves y otras pintas. Los de zonas donde hace mucho calor usan ropas más descomplicadas, como la gente del pueblo donde nació África.

Las hermanitas quisieron dibujar esas ropas, pero África les dijo que el movimiento del bus no les permitiría mantener firmes los lápices para hacer la tarea. Les prometió que una vez llegaran a su destino podrían hacer muchos pero muchos dibujos de las gentes con las ropas que habían conversado, y la idea les gustó mucho a las hermanas.

Todos empezaron a imaginarse cómo sería ese nuevo lugar al que irían y los nuevos amigos que encontrarían, aunque eso no evitaba que siguieran sintiendo mucho frío, así que los padres tuvieron que arroparlas muy bien. Les pusieron medias, porque solo las chanclas no alcanzaban a dar calor a sus pequeños pies.



EMERGENCIA

Después de un rato, volvieron a parar para comer algo. El sabor de la comida les hacía sentir a los niños que se alejaban de su territorio y sintieron nostalgia por todo lo que había quedado allá. El perro se había quedado en casa de Tita; el gato, con la abuela Tomasa; los pollos sirvieron para un sancocho, y los corotos se quedaron encerrados en la casa de la cual habían salido. Su casita estaba llena de amor; tenía dos cuartos, uno grande donde dormían el papá y la mamá y otro que les pertenecía a las niñas y donde estaban sus tres camas, en las cuales soñaban de día y de noche.



DE SALIDA



El resto de la casa era grande, tenía un patio con matas y árboles, algunas gallinas y pollos, y en las tardes después de llegar del colegio, los niños jugaban en los corredores. Todas las casas de la vereda Alegría se comunicaban, porque todos eran parte de una inmensa familia: la *familia extensa*. Cuando el día se agotaba, todos se reunían a conversar sobre los temas importantes, hablaban acerca del futuro de los hijos y contaban cuentos a los niños y niñas para que entendieran el origen de su comunidad y se sintieran orgullosos de haber nacido y haberse criado en ese territorio.

Al recordar todo eso, de nuevo las niñas quisieron dibujar, esta vez quisieron pintar el río que quedaba cerca de la casa, la carretera por donde entraban los carros, la cancha de fútbol donde las personas se reunían a hacer deporte y donde los adultos jugaban bingo o dominó, pero les dijeron que ya debían volver a emprender el viaje y que en la vía no podían hacer dibujos, pero que cuando llegaran les darían hojas y colores para pintar.

Un poco tristes, se subieron nuevamente al transporte, y como habían comido los alimentos que sus padres les habían dado, llegó el sueño. Cuando volvieron a despertar estaban en una ciudad llamada Bogotá. Era fría y nublada, las niñas se sintieron felices por llegar a un sitio fijo y estaban muy interesadas en vivir nuevas aventuras en ese extraño lugar al cual habían llegado. Su felicidad aumentó cuando en el terminal vieron que su tío Francio los estaba esperando; él solía ir de visita a la vereda en las vacaciones y estaba alegre de recibir a la familia en su hogar bogotano.

Camino a la casa, el tío les explicó que la ciudad es muy, muy grande, la gente se pierde y es importante que los niños siempre salgan con un adulto, deben ir acompañados y cogidos de la mano de un familiar. Con esto, para las niñas crecía el misterio sobre la ciudad. Para llegar a la casa tomaron varios transportes, y cada vez que cambiaban





de bus, sentían más frío. El tío les explicó que el barrio donde quedaba su casa estaba muy alto en la montaña, y por eso se demoraban tanto, y como hacía tanto frío las personas se reunían para darse calor. También les contó que en Bogotá había muchas familias como ellos, que habían llegado de otros territorios en busca de mejores oportunidades, y que eran bienvenidos a formar parte de esas comunidades.

Por el frío, las niñas tenían ganas de hacer pis a cada rato y eso las estaba asustando un poco, entonces el tío Francio les dijo que era normal por el clima y que ya casi iban a llegar a su nueva casa, donde las esperaban con aguapanelita caliente con leche para que se les quitara el frío. A las niñas les gustaba mucho el cariño con el que su tío les hablaba y eso las tranquilizó.





Al fin llegaron a ese nuevo lugar, lleno de gente parecida a la del pueblo, pero con un acento extraño, y a las niñas les dio mucha risa oírlos hablar. Los niños que vivían en la casa también se rieron por la forma como ellas hablaban, así que ese fue su juego de bienvenida.

Tras bañarse, comieron lo que su tío les había guardado. Luego les prestó colores y hojas para que pintaran todo lo que habían soñado en el camino. Una vez pintaron todo, la madre recogió los materiales y las niñas se fueron a dormir. Estaban muy cansadas por el viaje.

Poco a poco, en medio de la tristeza por el cambio de hogar, las niñas se fueron adaptando, jugaban con los compañeritos de casa y cuando llegaban sus padres comían, y a dormir se ha dicho. Les parecía que ya sus padres no tenían tanto tiempo para compartir los cuentos de la comunidad, porque las largas distancias en Bogotá hacían que los adultos pasaran mucho tiempo en el transporte y, al llegar a casa, estaban tan cansados que solo había tiempo para organizar las cosas del día siguiente.



Una tarde de esas que hacen en Bogotá, lluviosa, África les propuso a sus hermanas jugar a la escuela, ella sería la maestra y las demás serían las estudiantes. Pintaron durante largo rato a sus familiares y jugaron a ver cuál era el de color más chocolate. Los dibujos salieron muy bellos y los guardaron para mostrárselos a sus padres cuando llegaran.

La maestra África les dijo que en la siguiente clase harían cartas para los familiares que se habían quedado en Alegría y les enviarían muchos mensajes con los recuerdos que habían traído con la promesa de que no los olvidarían.



África les enseñó a sus hermanas que las letras cuando se juntan forman silabas, por ejemplo, la *m* con la *a* es *ma* y si se hace dos veces es *mamá*. Les enseñó a escribir *papá* y les permitió tener un recreo para que descansaran. Entonces tomaron las onces y dejaron el salón de clases, listo para la cena cuando la familia estuviera reunida.

Esa misma noche los padres les anunciaron a las niñas que ya tenían cupo en la escuela, África entraría a primaria y las hermanas más pequeñas irían a preescolar. Así, empezaron a imaginar cómo serían los compañeritos que se encontrarían en los salones de clase y eso las entusiasmó mucho.



Un colegio para conocer

El primer día de colegio, África se sintió muy extraña, no sabía si estaba contenta, con miedo o curiosidad, aun así, se mantuvo muy activa y orgullosa, dispuesta a asumir su papel como la hija mayor que debía darles el buen ejemplo a sus hermanas. Al llegar al colegio, su madre la llevó al salón y se la recomendó con mucho cariño a su maestra, luego se fue rápidamente para evitar que su hija la viera con lágrimas en los ojos por dejarla en ese lugar extraño.

Ese día África observó a todos los niños con mucha curiosidad, porque en el salón había niños y niñas de todos los colores y tamaños. Eso le gustó mucho y solo pensaba en el momento de volver a la casa y contarle a su familia sobre esa nueva aventura. En el salón África se hizo al lado de una niña que le parecía muy bonita y con quien, desde la primera sonrisa que cruzaron, presintieron que iban a ser amigas. Esa niña tenía un nombre igual de raro al suyo, se llamaba América.





Ahí empieza otra historia que África tiempo después escribió...

Había una vez una niña llamada América, que se identificaba como indígena, había venido de un pueblo del Putumayo, que está atravesado por el río Sibundoy. En esa comunidad, los niños andan con alpargatas porque hace mucho frío. Usan un traje especial que los diferencia de otros pueblos indígenas. Sus colores tradicionales son parecidos al arco iris y las mujeres usan chumbes, unos cinturones delgados que las hacen ver muy bonitas.

América contaba en clase que a su abuelo le decían taita y que era el viejito más sabio y respetado de la comunidad. Su idioma era una lengua ancestral llamada quechua, y por eso América era bilingüe, sabía dos idiomas que le ayudaban a comunicarse con su comunidad y con otras personas.





Un día, a la hora del descanso, América le preguntó a África por qué estaba tan triste, entonces la niña le relató su pasado. En ese momento América se dio cuenta de que sus historias eran parecidas. América le contó que un día, a su territorio, habían llegado unos hombres raros, que venían del interior

por la forma en la que hablaban, y que todos los niños habían pensado que no eran **inganos**. Después de una conversación con los hombres, el taita le echó la bendición a América y a sus papás, y con todos sus familiares emprendieron un viaje muy parecido al que había hecho África.

En Bogotá hay muchas comunidades indígenas que han hecho el mismo viaje que hizo África y luego viven juntas en los barrios de la capital. Gracias a las ancestras hay unas casas de pensamiento de las culturas indígenas que llegan a la ciudad —para las comunidades afrocolombianas son las familias extensas— y allí hablan en su idioma, comen lo mismo que en sus territorios y se encuentran con otras personas parecidas a América.

África y América unieron más sus lazos, pues comprendieron que eran parecidas, sus familias eran muy grandes y le daban mucha importancia a la cultura ancestral. Ambas niñas sentían orgullo por haber nacido en sus territorios —el ingano y el pacífico—, y, además, sus historias se habían juntado en la capital, donde habían llenado los salones de clase de muchos colores.



Un día en el que las niñas jugaban, en su hora de descanso se les acercó un niño que ellas no recordaban cómo se llamaba porque les costaba entender lo que hablaba. En todo caso, como les parecía muy gracioso, lo dejaron jugar con ellas. Después de un rato él se dio cuenta de que las niñas no sabían su nombre y en lugar de enojarse les repitió pacientemente que se llamaba Atrato, nombre que ellas nunca más olvidarían.

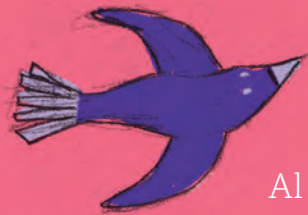


Y de nuevo, aquí empieza otra historia, una más que África tiempo después escribió...

Había una vez un niño llamado Atrato, cuyos padres eran blancos como la porcelana. Venían de la costa caribeña. En el colegio, a los demás niños les cayó en gracia porque Atrato hablaba muy rápido y con palabras raras. Por ejemplo, decía todo el tiempo: «¡Ajá!». Era muy interesante escucharlo, porque contaba la historia de su territorio y de cómo habían tenido que huir de su hogar porque sus padres estaban muy asustados.

Así, África, América y Atrato descubrieron que ellos y sus familias tenían una historia común. Todos llegaron con sus familiares a la fría Bogotá, pensaban mucho en regresar a su tierrita, pero mientras tanto se encontraban en la escuela para contarse sus historias y compartir muchas ideas para hacer cosas en la institución educativa. Los demás niños compartían con alegría con ellos y estaban felices de tenerlos como nuevos integrantes del equipo de fútbol, para el campeonato de baloncesto y para hacer las tareas después del colegio.





Al principio, los niños no salían del asombro cuando sus tres compañeros llegaron, pues no jugaban lo mismo que ellos y comían muy poco, porque les sabía rara la comida del colegio. En una ocasión un niño le preguntó a África qué solía comer en su tierra. Ella le respondió que su abuela Tomasa y su tía hacían unos fritos exquisitos, como tortas de maíz, empanadas, papas rellenas, envueltos y otras delicias. Inmediatamente se les hizo agua la boca. Por fortuna la profesora les dio permiso para comerse las onces que les dan en el cole, aunque no sabían a los fritos de la abuela.



Otro día, la profesora le preguntó a América qué comían de especial en su comunidad y ella le respondió que las sabedoras hacían unos caldos muy ricos con el maíz que está en las huertas. Aprovecharon y hablaron entonces sobre la importancia de las huertas y de cómo las mujeres, desde muy niñas, cultivan esos alimentos.

En esas conversaciones se dieron cuenta de que el maíz es un alimento fundamental y que casi a diario se consumen en los hogares arepas, pasteles y tortas, que se hacen a base de maíz. Además, la maestra se enteró de que, a algunos niños, les gustaba el cereal y consumir todos esos alimentos al desayuno, alimentos que son necesarios para crecer muy sanos y fuertes.



La profesora, que había nacido entre varios ríos, aprovechó esta conversación para contar que, en el continente africano, los primeros humanos sembraron semillas y que gracias a eso podemos comer maíz; les mostró un mapa y les dijo que contaran en sus hogares lo que habían aprendido.

También les dijo que crearían un cuento viajero, para que las familias se conocieran y pudieran compartir su cultura, sus sueños y los oficios que realizaban.

Sin embargo, no todo era bueno. A pesar de que los niños habían entrado felices al cole, uno de ellos empezó a hacerles *bullying* a los recién llegados y se burlaba de sus costumbres. Algunos de los compañeros empezaron a tocarle el pelo a África y eso la entristeció. No entendía por qué su hermosa cabellera les daba tanta curiosidad a los otros niños. «No le pueden tocar el pelo a África, porque a ella no le gusta», les dijo la profe.



En una ocasión, África llegó a su casa y les contó a sus padres lo que le estaba sucediendo, a lo cual su mamá le dijo que pediría permiso en el trabajo para ir al colegio y hablar con la maestra. La profesora no solo escuchó atentamente a la mamá, sino que propuso trabajar un taller de cultura afrocolombiana. Identificó a otras familias que venían de la misma zona que África y que sabían tocar instrumentos como el tambor, la marimba y el **guasá**. Terminaron haciendo una jornada de reflexión en la que toda la institución educativa se dedicó a dialogar sobre el significado de la cultura afro.

El gran acuerdo que salió de esta juntanza es que no importa la diferencia en la forma de hablar, en el color de la piel o en el cabello, todos somos parte de la casa grande que es la Tierra y que la compartimos con los animales, los minerales, las plantas y los otros seres humanos.



Todos los estudiantes del colegio se sintieron emocionados por estas palabras y crearon un comité de bienvenida para que otros niños, al llegar, se sintieran bien acogidos. Nombraron a África guardiana de la convivencia; a América, la personera de la disciplina, y a Atrato lo invitaron a liderar el recreo para que todos conocieran los juegos ancestrales y lograr una mejor convivencia en la escuela.

Aunque sus nuevos roles en el colegio les gustaban mucho a los niños, no se sentían completamente felices, pues ya no realizaban las mismas actividades que en su comunidad. En Bogotá no podían nadar en el río o en la quebrada, y ni hablar de la comida. Además, extrañaban mucho pasar más tiempo con sus padres y sentían que la ciudad les quitaba mucho tiempo.

Con el pasar de los días, África cada vez sentía más nostalgia, no quería que su mamá estuviera ocupada y que por esta razón no pudiera peinarla, jugar o cocinar algo rico para ella y sus hermanitas. En un momento solo pudo pensar en su abuela y en cómo la consentía. También se puso a pensar en lo mucho que extrañaba a su perro y en cómo no podía tener uno en su casa nueva porque no había espacio y no había quién lo cuidara en las mañanas cuando iba al colegio.





Ese día ella lloró en silencio para que su familia no se diera cuenta, y se quedó dormida imaginando que su vida en Bogotá era un sueño, que se había quedado dormida mientras su abuela la peinaba y que al despertar le tenía preparado un jugo de borjón con limón por el tremendo calor que hacía.

Por esos mismos días, al parecer América y Atrato se contagiaron de la nostalgia de África y ya no quisieron jugar a la hora del recreo, extrañaban a sus amigos y sus juegos en el río, no entendían por qué habían tenido que salir de repente de sus casas. En la noche se durmieron pidiéndole a Diosito que ningún niño tuviera que abandonar su comunidad, pero agradecieron porque habían conocido personas buenas que los habían ayudado.

Glosario

avioncito: juego infantil también conocido como rayuela. Consiste en ir desplazando una piedra u otro objeto, mientras se va saltando en un solo pie por varias casillas dibujadas en el suelo, procurando no pisar las rayas.

birindí: alimento parecido a un pan delgado y crujiente de sabor fuerte.

botica: farmacia, lugar donde se consiguen medicamentos.

guasá: instrumento musical de percusión característico del litoral del Pacífico sur. Es similar a una maraca, en el que el sonido se genera al sacudir el instrumento, causando el golpe de semillas en su interior con el armazón.

ingano: perteneciente al pueblo indígena inga, cuyos territorios se encuentran en el suroeste colombiano, en especial en el departamento de Putumayo.

milpeso: *Oenocarpus bataua*. También conocido como chapil, es una palma que se da en zonas húmedas; su aceite se emplea en la medicina tradicional.

pachacajón: juego tradicional similar al avioncito, pero cuyo tablero se dibuja de forma distinta en el piso.

quemao: juego en el que dos equipos buscarán sacar a los del grupo contrario, lanzando un balón para golpear a los jugadores contrarios y así «quemarlos».

Tío Tigre: junto con otros animales, son los protagonistas de muchos relatos que forman parte de la tradición oral del Pacífico. Aunque en muchas regiones del país se habla de la presencia de tigres, en realidad se refieren a los jaguares.

tropa: trenzas representativas de las mujeres afrodescendientes. En siglos pasados eran, además, un medio de comunicación, pues sus formas tenían significados específicos, incluso llegaban a ser mapas de regiones.

turbante: empleado por las mujeres afrocolombianas, se usaba tradicionalmente para guardar pequeñas semillas y oro, cubrir sus trenzas y soportar el peso de bateas y cántaros que cargaban en su cabeza. Se ha convertido en un símbolo muy importante de la cultura afrocolombiana.

Este libro se inspiró en los testimonios de niños, niñas, jóvenes, adultos, mayores y mayores que abrieron su corazón para contarnos sobre cómo la violencia un día apareció en sus casas, cómo dejaron sus territorios y buscaron en Bogotá un refugio y una luz de esperanza.

Agradecemos a todas las personas que nos permitieron escuchar sus testimonios: María Mercedes Quiñónez, Ana María Ruiz, Tulia Macaria Asprilla, María Soledad Ladínez, Mónica Castillo, Laura Murillo, Clariza Victoria, Maritza Bonilla, Yuya Kathaleya, Sandra Milena González, Narcila Banguera, Sorancy Martínez, Eddy Sánchez, José Banquez, Styd Luna, Irmina Vanegas, Elkin Rivas, Eugenio Martínez, María Mosquera, Julián Cruz, John Jairo Mena, Nelly Perea, Artemio Murillo, Absalón Rivas, Ernesto Rivas, Yanay Alisha Rodríguez, Ilaí Milagros Rodríguez, Chary Ávila, Hanna Ávila, Emyly Bejarano, Joseph Andrés Rivas, Jainer Bonilla y Emily Iguarán. Les damos las gracias, también, a los miembros de la comunidad que nos ayudaron a realizar la relatoría de los encuentros: Laura Murillo, Maryuris Moreno, Sandra González y Edwin Castillo.

QR al video:



<https://ibit.ly/qJpx>

*Nuestra inmensa gratitud a la sabedora Nelly Perea,
quien entonó el canto que escuchamos en el video.*



Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Coedigraf en diciembre de 2022.
En su composición se utilizaron las fuentes Tisa Pro y Alegreya.

Esta es la historia de África, una niña afrocolombiana, con el pelo muy crespo y un gran corazón, que un día tuvo que dejar su casa en el Pacífico colombiano y empezar una nueva vida en Bogotá.

Había una vez unos niños y niñas multicolores es el resultado del proyecto de Desarrollo de Colecciones con Enfoque Étnico, realizado con delegadas de la Mesa Autónoma Distrital de Víctimas Afrocolombianas. Forma parte del Plan de Fortalecimiento de Bibliotecas Escolares, en el marco de los procesos de transformación pedagógica e innovación educativa de la Secretaría de Educación del Distrito.

Esta serie de libros busca darles voz a las diversas comunidades étnicas presentes en Bogotá, por medio de materiales desarrollados y seleccionados por estas, para que puedan ser consultados por estudiantes y docentes en las bibliotecas escolares.

Secretaría de Educación del Distrito

Avenida El Dorado No. 66 - 63

Teléfono (57) 601 324 10 00

Bogotá D.C. - Colombia

www.educacionbogota.edu.co



@Educacionbogota



Educacionbogota



/Educacionbogota



@educacion_bogota



SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN

